

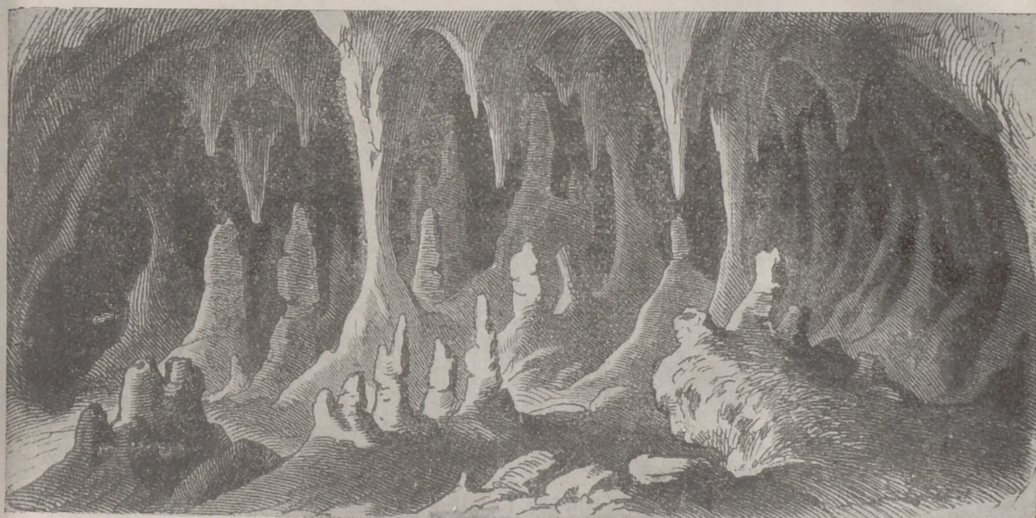
EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 23 DE ABRIL DE 1933

NÚMERO 17

Una aventura maravillosa a través de las oscuras cavernas



CUEVA

Dos estudiantes húngaros acaban de tener una maravillosa aventura, terminando en un inesperado y romántico descubrimiento. Salieron a explorar la bien conocida cueva de estalactitas de Agtelek al norte de Hungría. Por la entrada de la cueva sale un arroyo, llamado Styx. Querían descubrir su origen.

Provistos de dos lámparas eléctricas de bolsillo por todo equipo, entraron en la cueva y empezaron la exploración, metiéndose en el arroyo y subiéndole contra su corriente. Bien pronto desapareció para ellos la claridad del día, y siguieron adelante con el agua a la rodilla, en medio de una oscura

noche, una noche que parecía al brillo de sus lámparas como poblada por misteriosos seres que aun petrificados parecían vivos y amenazadores. Cada vez más cerca estas retorcidas figuras se agolpaban sobre ellos como para obligarlos a volverse atrás, mas sin acobardarse continuaron su exploración. Pero el cauce del agua llegaba a ser tan estrecho en un punto y el arroyo mismo tan profundo, que el único camino para conseguir avanzar era la de nadar de espaldas sosteniendo las lámparas entre los dientes, hazaña no pequeña yendo, como iban, contra la corriente y con las dentadas puntas de

las estalactitas casi tocando sus caras. Después de lo que a ellos les pareció muchas horas, el estrecho túnel a través del cual fluía el arroyo se ensanchó y podían salir del arroyo y pisar tierra seca. Al hacerlo así sus ojos se fijaron en un escrito sobre la pared; un nombre, una fecha y una palabra: Domic. Algo desilusionados, que alguien ya hubiese estado allí antes que ellos, continuaron no obstante su camino. Con gran sorpresa vieron que la oscuridad iba gradualmente desapareciendo y de repente en vez de entrar, como ellos esperaban, de lleno en la cueva, se encontraron en pleno campo y con árboles acariciados por el sol.

Nada les hubiera extrañado ver a un blanco conejo, de ojos rosados, pasar junto a ellos y decir: "¡Válgame Dios! válgame Dios, temo llegar demasiado tarde". Pero se sorprendieron en verdad al ver hombres como ellos mismos, los cuales les dijeron que estaban en Checo-Eslovaquia, y que la

cueva de la cual acababan de salir era la cueva de estalactitas de Domic.

No teniendo pasaportes tuvieron que volver por el mismo camino a Hungría y de la misma trabajosa manera que habían llegado, con la sola excepción de que ahora la corriente les era favorable.

La moral que se deduce de esta pequeña aventura es quizás la indiferencia suprema de la Naturaleza respecto a las fronteras de los hombres; pero es una moral que el hombre, como de costumbre, no tomara en cuenta; y si alguna vez el Styx, que es el mismo arroyo, que con otro nombre corre por la cueva Domic, se hace navegable para lanchas motoras, no cabe duda de que se pondrán mojones, que marcan la línea divisoria subterránea entre Hungría y Checo-Eslovaquia, y en la que espectros que no serán sino verdaderos empleados, caerán, para molestarle, sobre el inocente e inesperado aventurero.

EL PIÑON QUE VIAJO

Por C. F. B.

(Conclusión)

Entre cinco hormigas le corrieron a Piñonete de la entrada de su casa, y se olvidaron de él.

Pero él se divertía viendo como corrían y se ayudaban las del mismo hormiguero o se peleaban con otras que no eran de allí.

Algunas veces se ponía muy triste. Era cuando se acordaba de su pino, en el que se había columpiado. Y miraba..., miraba; pero su pino ni le veía siquiera. Un día oyó un cantar que le recordó los días en que estaba aún pegadito a su madre.

—Si yo pudiera subir otra vez a mis alturas—pensó.

Cesó el canto y un pajarito voló junto a él.

—¿Eras tú quien cantabas?

—Sí—dijo el pajarito—. ¿Cómo pudiste distinguir mi voz entre tantos rumores como pueblan el bosque?

—Porque es muy bonita y porque de pequeño también viví en las alturas.

—Pues no te creas, que eso también tiene sus inconvenientes. A mí el año pasado una ardilla me comió mis huevecitos... Si vieras la pena que pasé...

—Y, sin embargo, cantas tan bien...

—Es que con el dolor aprendí a cantar. Y tú, ¿cantas?

—Ni sirvo para ello—repuso Piñonete algo triste.

—Para algo mejor servirás—dijo el pajarito.

—Para que me coma el Pico carpintero...

—Eso sí que no—respondió su nuevo amigo—, aquí claro, que podía verte; pero yo te llevaré a un sitio junto al arroyo donde

voy a beber, y te esconderé muy bien escondido.

Y así voló en alas ajenas Piñonete a su nueva morada. Y cuidado que era divertido estar allí. Las golondrinas volaban muy cerca del agua, y se elevaban por los aires como si quisieran coger unas a otras y los mosquitos salían a bailar cuando hacía sol, y había unos bichos con patas muy delgadas y muy largas que andaban por encima del agua sin hundirse, y de día veía el sol casi tan bien como lo había visto desde su pino y de noche veía estrellitas en el cielo y estrellitas en el agua...

Pero un día empezó a llover y llover y la tierra donde estaba Piñonete se puso blanda, blanda y a Piñonete le entró tanto miedo como el día que salió volando para que no le cogiera el pico carpintero.

—Que me hundo—gritó—que me hundo..., pero nadie le respondía.

—Tierra—gritó por último angustiado—suéltame, si no sirvo para nada, ni sé volar, ni sé cantar, ni sé trabajar; ¿Por qué, por qué me quitas de ver el sol?

—Porque Dios lo quiere. Y entonces Piñonete quedó tranquilo. Y la tierra le contaba que hacía frío allí donde se veía el sol, que todo estaba nevado.

—Pero yo quiero salir—decía Piñonete.

—Ya saldrás—contestaba la tierra, cuando te llame el sol.

—Pero no se olvidará...

—No; tú estate tranquilo y pon atención para salir cuando sea tiempo.

—¿Y tú me dejarás salir?

—Ya lo creo—dijo la tierra—cuando te hagas tan fuerte que no le tengas miedo al pico carpintero...

Y entonces Piñonete se puso a pensar, y a pensar qué podría hacer para que se le quitase el miedo. Y un día le dijo a la tierra:

—Creo que ya no tengo miedo, parece que me voy a romper si sigo en mi cascarón.

—Es el sol quien te llama—dijo la tierra con mucha alegría.

—Pues si yo no oigo a nadie—dijo Piñonete.

—Pues rompe tu cáscara y verás...

Y nació un pino... y fué creciendo, creciendo...

Llegaron unos hombres cuando ya era muy alto, y le rajaron con una navaja, y el jugo del pino se escurría dentro de una lata que habían colocado en su tronco.

Qué buena resina—decían los hombres. ¿Para qué la queréis?—preguntó el pino.

—Para hacer colofonia—dijeron los hombres.

Y trabajaron la resina y la partieron en pedazos cuadrados, que llamaban colofonia. Un día el arco que tenía que tocar un violín metía un ruido como una puerta que cierra mal, y el músico le restregó con colofonia.

—Me has puesto de buen humor—dijo el arco— ¿Quién te ha dado esa manera de tratarle a uno?—preguntó, mientras el músico seguía prolongando el roce con la colofonia.

—Lo habré heredado de mi madre—dijo la colofonia—, que era una semilla a quien le gustaba la música.

—Bueno, ya arañaré yo otro día para volver a hablar contigo—dijo el arco—ahora ya voy a tocar bien...

Cuando el pino fué muy alto le cortaron y le convirtieron en una barca, y las olas le llevaban y el viento le empujaba y corría, corría por el mar, hasta que ya fué muy vieja y se llenó de boquetes.

Entonces la hicieron pedazos, y fué a parar a un montón de leña en la cocina. Y estaba mirando una niña cómo guisaba su mamá, y dijo cuando su mamá echó otra brazada de leña en la chimenea:

—¿Por qué te quemas, y nos das calor?

Y contestó la leña, encendiéndose en llama viva:

—Porque Dios lo quiere, porque Dios lo quiere.

Como predicaban los Chinos la Palabra de Dios

Los predicadores chinos explican las Santas Escrituras de una manera muy viva y comprensible. Os lo quiero demostrar con unos ejemplos:

«Lo» (así se llama el predicador) preguntó una vez a los que le escuchaban, quién de ellos tenía una Biblia. Muchos de ellos callaron. «Quien no tiene Biblia, es como un hombre sin cacharro para el arroz y sin palillos para comer; y quien tiene una Biblia y no la lee, es como uno que está sentado con hambre delante de un plato de arroz, y a pesar de esto no come». (Sabéis que los chinos comen con palillos en lugar de cucharas y tenedores y que su alimento principal es el arroz.)

Otro día, en vez de predicar un gran sermón a sus oyentes, hizo solamente dos preguntas. La primera era: «Jesús nos pregunta esta noche: ¿«Me conoces»? Varias de sus discípulas y muchachas contestaron en seguida con un sí, y también una maestra creía haber encontrado la contestación diciendo: «Jesús es el Salvador» Todavía no lo habéis dicho bien del todo. Es *mi* Salvador, *mi* Redentor».

La segunda pregunta era: «¿Me quieres?»

¿Qué harías si alguien, quien quieres mucho, no tuviese zapatos? ¿o si no tuviese ropa? Por cierto que le darías de tu ropa y de tus zapatos, ¿verdad? Ahora te pregunta Jesús: «¿Me quieres? Entonces dame tu boca. Deja que Jesús hable por medio de tí. ¿Le has prestado ya alguna vez tu boca, y has hablado a los tuyos de Jesús?»

La manera de escribir de los chinos, por medio de señales, se presta muy bien para expresar las cosas simbólicamente. Ahí tenéis, por ejemplo, la señal para pecado. Consiste de dos partes. La parte superior, significa 4; la parte de abajo significa «no». La señal se explica de la manera siguiente: Cuatro cosas hacen el pecado: escuchar lo que no se debe escuchar; hablar lo que no se debe hablar; hacer lo que no se debe hacer, y ver lo que no se debe ver. Lo dió un sentido mucho más profundo aún a esta señal. La parte superior no significa solamente 4, sino también «red». Comprendido así, la señal significaría: Todo lo que el hombre no debe hacer está preso en la red; es decir, está bajo el juicio divino. Al juicio divino no se le escapa nada y nadie se puede sustraer a su poder.

SECCION RECREATIVA

PARECIDO

—¿En qué se parece un niño estúpido al terciopelo?

—En que el niño es estúpido y el terciopelo es tupido.

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de una vieja?

—Plancharse la cara para quitarse las arrugas.

—¿Cuál es el colmo de un niño travieso?

—Tomar el pelo a un calvo.

—¿Cuál es el colmo de un guardia?

—Detener un río.

—¿El de un sastre?

—Hacer un vestido con la capa de la atmósfera.

ADIVINANZA

—¿Cuál es la cosa que te da en la cara y no lo ves?—El viento.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.